Soreyna La Guardiana

de las Palmas de Cera



Eleuterio Gómez Valencia

Dedicatoria

A la memoria viva de Yorlady Osorio, amiga de primera juventud, cuyo recuerdo inspiró esta leyenda. Su risa aún danza entre las palmas, y su voz, aunque silente, sigue guiando los pasos de quienes la queriamos.

A todos los habitantes de San Félix, tierra de niebla y raíz, donde cada rostro guarda una historia y cada sendero una enseñanza. A mis amigas y amigos que aún trascienden en el camino de la memoria, como luciérnagas que no se apagan.

A las queridas hermanas Osorio —Rubiela, Floralba, Luzdary, Adiela, Nelcy y la entrañable Marthica— que la energía del cosmos las mantenga unidas, luminosas, protegidas por la fuerza ancestral que habita en los valles y en los sueños.

A Eliana Castellanos, un ser de luz que fue, es y será siempre alguien muy querido y recordado. Su presencia sigue siendo faro, su ternura abrigo, su recuerdo un canto que no cesa.

A todas ellas, y a quienes aún creen que la palabra puede honrar, sanar y sembrar, esta leyenda les pertenece. Porque en cada línea hay raíz, en cada imagen hay rostro, y en cada silencio… hay amor.

Eleuterio Gómez V.

Sorayma, la Guardiana de la Palma de Cera
© 2025 - Eleuterio Gómez Valencia
Editorial Arte Libros y Café
https://artelibrosycafe.com
https:larevistadecaldas.com
https://salamina.com.co
Neuquén - Neuquén - Argentina

© Todos los Derechos Reservados - Este libro es de uso personal y está protegido con contraseña individual, correspondiente al número de identidad (DNI) del comprador. Queda prohibida su reproducción, distribución o comercialización sin autorización expresa del autor.

Al adquirir este ejemplar, aceptas que cualquier copia compartida públicamente será rastreada y podrá dar lugar a acciones legales.

Soreyma, La Guardiana de la Palma de Cera

Eleuterio Gòmez Valencia



Regresar a Contenido

Indice

Soreyma, ... 6
La Guardiana de la Palma de Cera 6
Donde la tierra no olvida 7
Prólogo 11
El Susurro de las Palmas 11
Capítulo 1 14
El Nacimiento en la Cima 14
Capítulo 2 17
El Bosque Sagrado 17
Capítulo 3 20
Los Pretendientes Guerreros 20
Capítulo 4 23
El Pacto de los Valles 23
Capítulo 5 27
La Invasión del Metal y la Cruz 27
Capítulo 6 31
La Desaparición 31
Capítulo 7 34
La Niña de los Ojos Verdes 34
Capítulo 8 37
El Llamado de la Montaña 37
Capítulo 9 40
La Amenaza Moderna 40

Capítulo 10 43
La Danza de las Niñas 43
Capítulo 11 46
La Marcha de las Palmas 46
Capítulo 12 49
El Bosque Consagrado 49
Capítulo 13 52
El Canto de las Generaciones 52
Capítulo 14 55
El Regreso de la Niebla 55
Epílogo 57
La raíz que danza en el tiempo 57
..... L a
Guardiana de la Palma 59
A tí por Bella y Natural 61

Soreyma,
La Guardiana de la Palma de Cera

Donde la tierra no olvida
Memoria, danza y raíz en Soreyma, la Guardiana de la Palma de Cera

Soreyma, la Guardiana de la Palma de Cera, de Eleuterio Gómez Valencia, No es una novela escrita "sobre" la memoria, sino desde la memoria. Por eso, el texto no solo cuenta la vida de Soreyma —la mujer que danzó para defender el bosque— sino que revive el acto mismo de recordar como una forma de resistencia. Como dice la voz del prólogo: "Dicen que hay lugares donde la tierra no olvida. Donde el viento no solo sopla, sino que habla. Donde los árboles no solo crecen, sino que recuerdan." Ese verso no abre una historia; abre una cosmovisión.

En ese sentido, el libro no pertenece únicamente al campo del realismo mágico como género literario, sino a una tradición más profunda: aquella que concibe lo real como aquello que la cultura colonial llamó "mágico" solo por no comprenderlo. Las palmas que cantan, los ríos que hablan, los bosques que protegen, no son metáforas, sino formas de existencia dentro de un universo donde lo humano y lo no humano comparten espíritu. El realismo mágico aquí no es ornamento estético, sino una ética del vínculo: la naturaleza no es escenario, es personaje. Y Soreyma, como guardiana, es apenas el cuerpo a través del cual el territorio habla.

El autor, colombiano radicado en Neuquén (Argentina), no escribe desde la distancia, sino desde un doble arraigo: la cordillera andina interiorizada como casa simbólica, y la memoria de los pueblos originarios como raíz continental. No se trata de un escritor que observa un pueblo desde afuera, sino de alguien que reconoce pertenecer a un tejido histórico y espiritual que todavía late en las voces campesinas y en los silencios de la niebla. Esa relación cuerpo–tierra se convierte en uno de los núcleos del relato: "No golpeaba, no huía. Danzaba. Y en su danza, los hombres veían algo que no podían poseer: libertad." La libertad no es idea: es movimiento. No se declama: se encarna.

La novela juega con una dualidad temporal que refuerza la idea de memoria viva: Soreyma, la guardiana ancestral, y Yorlady, la guardiana contemporánea, no son dos personajes, sino dos manifestaciones de la misma corriente espiritual. El mito no desaparece: muta de cuerpo. Lo que en la memoria indígena era danza sagrada, en el presente se convierte en eco de resistencia frente a nuevas invasiones, ya no de armaduras y cruces, sino de maquinaria y minería extractivista. Hay un diálogo entre siglos, no para decir que la historia se repite, sino para dejar claro que la violencia contra la tierra nunca terminó, solo cambió de forma. Como afirma el narrador: "El metal cambió de forma. Ya no eran espadas, sino máquinas."

En ese tránsito, el libro propone algo fundamental: la defensa de la tierra no es solo una lucha ecológica, sino una lucha afectiva, espiritual, estética. El capitalismo intenta "proteger la naturaleza" con leyes y decretos; el relato nos recuerda que se protege lo que se ama, no lo que se regula. Para los pueblos que habitan San Félix, la palma de cera no es "un recurso", es un antepasado. Por eso se la honra, no se la tala. Por eso se danza para ella, no se la mide. En palabras de la novela: "El bosque no era solo un lugar. Era un cuerpo vivo, un templo sin muros, un libro sin letras."

Aquí el realismo mágico revela su verdadera potencia: no inventa maravillas, sino que restituye la profundidad de mundos que la modernidad declaró imposibles. Lo maravilloso es solo la recuperación de una realidad que la razón colonial expulsó. En ese sentido, Soreyma no "hace magia": vive en una realidad donde la separación entre naturaleza y humanidad nunca existió. Su danza es un lenguaje, su cuerpo es un puente, su gesto es un acto político y sagrado a la vez. Lo que para los conquistadores es brujería, para su pueblo es memoria.

La novela también es una reflexión sobre la dimensión femenina de la resistencia. La guardiana no es guerrera en el sentido patriarcal; no ejerce violencia. Su poder nace de la profundidad, no del dominio. En un mundo donde el hombre conquista y posee, la mujer guarda y vincula. Soreyma "desarma sin atacar", y esa frase desmantela toda la lógica bélica occidental. Ella no conquista territorio: lo cuida. No manda: convoca. No impone: danza. Cuando los guerreros la quieren raptar, el texto dice: "No podían tocar lo que no se dejaba poseer." La danza, en ese caso, no es estética: es frontera. Es acto de soberanía corporal y territorial.

Ese mismo símbolo reaparece siglos después cuando Yorlady enfrenta a las empresas modernas. No discute, no firma papeles, no hace discursos. Danza. La danza es continuidad, puente, resistencia ancestral. Si Soreyma detuvo la espada, Yorlady detiene la retroexcavadora. Una lo hizo frente a conquistadores; la otra, frente a ingenieros. Pero el gesto es el mismo: el cuerpo como palabra. La memoria como arma. La belleza como forma de decir "no".

Eso lleva a otro eje fundamental: el libro no romantiza el pasado. No idealiza la vida indígena ni niega el sufrimiento colonial. Lo que propone es algo mucho más complejo: el pasado no es museo, sino raíz que sigue brotando. Por eso la desaparición de Soreyma no es muerte, sino siembra: "Soreyma no murió. Se sembró." No es un final, sino un modo de permanecer. Cuando se dice que la guardiana "se volvió palma" o "se volvió niebla", el texto no está usando metáforas poéticas, sino un sistema de creencias donde la continuidad de la vida no pasa por el cuerpo, sino por el territorio. Se vive mientras se sigue siendo útil a la comunidad. Se muere solo cuando se rompe el vínculo.

La novela funciona también como crítica profunda a la modernidad. Los conquistadores no entienden el bosque y por eso lo violentan; las empresas contemporáneas no lo entienden y por eso lo mercantilizan. La ignorancia espiritual es la raíz de toda explotación. Lo mismo que Soreyma dice a los invasores del siglo XVI —"Si nos arrancan la tierra, sembramos palabra"— lo repite Yorlady, pero ahora frente a las industrias: "Nos quieren convencer con cifras. Pero nosotros tenemos raíces." Esa frase resume el conflicto central del libro: dos lenguajes que no se traducen. Uno cuenta hectáreas, otro cuenta historias. Uno valora el beneficio, otro valora la pertenencia. Uno tala, otra danza.

El autor no escribe un panfleto ecológico, sino una epopeya íntima. No busca "concienciar", sino reencantar. Quiere devolverle a la lectura su relación con la respiración profunda, con el mito como memoria, con el relato como acto curativo. Por eso la novela es circular: empieza en el bosque, termina en el bosque. Empieza con una mujer que danza para proteger la tierra y termina con otra que danza por la misma razón, pero en otro siglo. La historia no avanza: germina.

Y en ese círculo se revela la intención más honda del libro: no contar una historia del pasado, sino activar una memo-

ria del presente. El lector no está invitado a "admirar" a Soreyma, sino a reconocerse en ella. No se trata de decir "qué hermoso mito", sino de escuchar lo que el mito reclama: territorio sin extractivismo, cuerpo sin colonización, espiritualidad sin vergüenza, memoria sin museo.

Así, Soreyma, la Guardiana de la Palma de Cera es una novela, pero también un ritual. Un archivo, pero también una semilla. Una defensa de la literatura como lugar de reconciliación entre lo humano y lo no humano. Una forma de decir que "contar" es otra manera de "cuidar".

Al final, lo que queda no es una moraleja, ni una lección. Queda una pregunta:
¿qué mundo comenzó a morir cuando dejamos de creer que los árboles recuerdan?

Y otra, más urgente todavía:

¿qué mundo puede renacer si volvemos a escucharlos?

Porque, como afirma la novela, "Hay lugares donde la tierra no olvida. Donde las palmas guardan un secreto: la historia de una mujer que danzó para defender la tierra."

Tal vez el libro nos esté diciendo que la literatura no debe explicarlo todo. A veces solo debe devolvernos el silencio necesario para escuchar el bosque.

César Aira

Prólogo
El Susurro de las Palmas

Dicen que hay lugares donde la tierra no olvida. Donde el viento no solo sopla, sino que habla. Donde los árboles no solo crecen, sino que recuerdan. Uno de esos lugares está en lo más alto de la cordillera de los Andes, en el norte de Caldas, donde nace el río Arma como vena sagrada y el San Félix cruza los valles como canto de origen. Allí, entre nieblas que se arrodillan ante las palmas de cera, se alza el bosque más grande que los ojos humanos hayan contemplado. Y allí, entre esas palmas que se elevan como lanzas de luz, vive un secreto que no se deja encerrar en libros ni en mapas: la historia de una mujer que danzó para defender la tierra. No es leyenda. No es mito. Es memoria viva.

Su nombre era Soreyma, hija del cacique Yaurán, nacida entre los Concuyes, tribu de oro y dignidad que habitaba los valles altos de San Félix y La Samaria. Los españoles, al ver sus atuendos dorados, los llamaron "Armados", sin entender que no era el metal lo que los protegía, sino la memoria. Soreyma era distinta. Alta, más alta que cualquier mujer de su pueblo o de las tribus vecinas. Su andar era firme, su mirada profunda, su voz como el eco de las quebradas. Los Pícaras y Carrapas la admiraban. Los guerreros la deseaban. Pero ella no se rendía ante la fuerza ni ante el halago. Su poder no venía de la guerra, sino de la danza.

Desde niña, Soreyma danzaba con el viento. Aprendió a moverse como las palmas, a girar como el río, a vibrar como el canto del tucán, del mirlo, del lorito de páramo y del pájaro carpintero. Su cuerpo era mensaje, su baile, ritual. Cuando los guerreros intentaban raptarla, ella respondía con movimientos que desarmaban la violencia. No golpeaba, no huía. Danzaba. Y en su danza, los hombres veían algo que no podían poseer: libertad.

Una noche, mientras la luna se posaba sobre el valle como una madre vigilante, Soreyma danzó en lo alto del bosque.

A su lado estaba Yauré, joven sabio de los Pozos, su pareja en la danza y en el alma. Juntos crearon un ritual que no solo celebraba la vida, sino que protegía el territorio. Cada paso era una palabra, cada giro una advertencia, cada salto una promesa. Las tribus se reunían para verlos danzar, y en ese acto, entendían que la tierra no se defiende con lanzas, sino con memoria.

Pero el metal llegó. No el de los atuendos, sino el de las espadas. Los conquistadores vinieron con cruces, mapas y promesas. Querían el oro, la tierra, el silencio. Soreyma los enfrentó sin armas. Convocó a los sabios, a los ancianos, a los niños. Danzó frente a ellos, con el bosque como escenario y el río como música. Su cuerpo hablaba por todos. “Si nos arrancan la tierra, sembramos palabra. Si nos silencian, cantamos con los árboles. Si nos venden, nos volvemos raíz.”

Los conquistadores no entendieron. No podían capturar lo que no se tocaba. Intentaron negociar, amenazar, dividir. Pero Soreyma se internó en el bosque, y allí, entre las palmas de cera, desapareció. Algunos dicen que se convirtió en niebla. Otros que su espíritu vive en cada palma que nace. Lo cierto es que, desde entonces, el bosque canta. Y quienes lo escuchan, sienten que no están solos.

Pasaron siglos. El metal cambió de forma. Ya no eran espadas, sino máquinas. Ya no eran conquistadores, sino empresas. El bosque volvió a estar en peligro. Pero la memoria no se había ido. En San Félix, entre cultivos de papa y quebradas, nació una niña de ojos verdes y alma firme. Su nombre era Yorlady, y su belleza era legendaria. Pero lo que la hacía única no era su rostro, sino su fuerza.

Yorlady creció escuchando el susurro de las palmas. Su abuela le hablaba de Soreyma, de la danza, del pacto de los valles. Un día, encontró un manuscrito escondido entre hojas secas. Era la historia de la guardiana. Sintió que la llamaban. Que la tierra le pedía algo. Que la danza debía volver.

Cuando las máquinas llegaron, Yorlady no dudó. Convocó a la comunidad, a los sabios, a los jóvenes. Aprendió la danza. La revivió. La transformó. Frente a las máquinas, bailó. Su cuerpo fue mensaje, su voz fue eco. La comunidad se unió. La tala se detuvo. El bosque fue declarado reserva ancestral.

Hoy, cuando el sol se posa sobre los valles altos y el río San Félix murmura entre las raíces, los campesinos dicen que es Soreyma saludando a quienes aún creen en la libertad, la tierra y la palabra que no se calla. Y cuando Yorlady camina entre las palmas, el viento le susurra: “No estás sola. Yo soy raíz. Yo soy danza. Yo soy memoria.”

Porque hay lugares donde la tierra no olvida. Donde el viento no solo sopla, sino que habla. Donde los árboles no solo crecen, sino que recuerdan. Y en lo más alto de la cordillera, entre el río Arma y el San Félix, las palmas de cera guardan un secreto: la historia de una mujer que danzó para defender la tierra.

Capítulo 1
El Nacimiento en la Cima

En lo más alto de la cordillera, donde la niebla se posa como manto sagrado y el viento parece tener memoria, nació Soreyma. Fue un amanecer distinto. El sol no salió con timidez, sino con fuerza, como si supiera que algo extraordinario estaba por suceder. Las palmas de cera se mecían con un ritmo nuevo, y los pájaros —el tucán, el mirlo, el lorito de páramo y el pájaro carpintero— cantaban como si celebraran una llegada esperada por siglos. Soreyma nació en el corazón del territorio concuya, en una choza de piedra y palma, al borde del abismo que da al valle de La Samaria. Su madre, Nayruma, era partera y sabia; su padre, Yaurán, el cacique de los Concuyes, era respetado por los Pícaras, los Carrapas y los Pozos. Pero ninguno de ellos había visto nacer una niña como ella.

Desde el primer día, Soreyma fue distinta. Su cuerpo era largo, esbelto, más alto que cualquier mujer de su tribu. Su piel tenía el tono de la tierra húmeda, sus ojos eran verdes como el musgo que crece en las piedras del río San Félix. Cuando lloró por primera vez, los loritos de páramo respondieron con un canto agudo, como si reconocieran su voz. Las palmas más cercanas se inclinaron levemente, como si saludaran a su nueva guardiana.

La comunidad la recibió con asombro y reverencia. Las ancianas dijeron que era hija de la montaña, que su alma venía de las estrellas que vigilan el nacimiento del río Arma. Los sabios la llamaron "Soreyma", que en lengua antigua significa "la que despierta la luz". Y desde entonces, su nombre fue pronunciado con respeto, pero también con una extraña mezcla de temor y esperanza.

Creció entre rituales, cantos y silencios. Aprendió a caminar sobre piedras mojadas sin resbalar, a escuchar los mensajes del viento, a distinguir el canto de cada ave como si fueran palabras. Su madre le enseñó a curar con hojas de yarumo, con

corteza de guayacán, con agua de quebrada. Su padre le enseñó a leer los gestos de los hombres, a entender que el poder no está en la fuerza, sino en la mirada que no se desvía.

Pero fue la danza lo que la hizo única.

Desde los cinco años, Soreyma danzaba. No como juego, sino como lenguaje. Su cuerpo se movía con la cadencia de las palmas, con la fluidez del río, con la firmeza de la roca. Cuando danzaba, los animales se acercaban. Los mirlos la seguían, los carpinteros marcaban el ritmo con sus golpes sobre los troncos, los loritos giraban en el aire como si imitaran sus movimientos.

La danza de Soreyma no era solo belleza. Era mensaje. Era defensa. Era pacto.

Los guerreros de las tribus vecinas —Pícaras, Carrapas, Paucuras— comenzaron a visitarla. Algunos decían que querían conocerla, otros que querían raptarla. Su belleza era desbordante, pero lo que más los atraía era su misterio. Ninguno logró tocarla. Cuando se acercaban con intención de posesión, Soreyma danzaba. Y en su danza, los hombres se desarmaban. No podían avanzar. No podían hablar. No podían desear. Solo podían observar y retirarse.

Un día, llegó al territorio concuya un joven de los Pozos. Su nombre era Yauré, y no venía como guerrero, sino como aprendiz. Había oído hablar de Soreyma, pero no quería poseerla. Quería aprender. Quería danzar con ella. Y ella lo aceptó.

Juntos crearon una danza nueva. Una danza que no imitaba la naturaleza, sino que la convocaba. Cada paso era una palabra, cada giro una advertencia, cada salto una promesa. Danzaban al amanecer, al borde del abismo, mientras el río Arma nacía entre las piedras y el San Félix cruzaba los valles como testigo. Las tribus comenzaron a reunirse para verlos. Y en ese acto, entendieron que la tierra no se defiende con lanzas, sino con memoria. Pero no todos estaban de acuerdo.

Algunos caciques veían en Soreyma una amenaza. Decían que su poder era demasiado grande, que su influencia podía romper los pactos antiguos. Intentaron convencerla de que se uniera a ellos, de que usara su danza para dominar, para expandir. Ella se negó. “La danza no es arma. Es raíz. Es canto. Es pacto.”

Entonces comenzaron los rumores. Que Soreyma era bruja. Que hablaba con los muertos. Que podía controlar el clima. Ella no respondía. Solo danzaba. Y en su silencio, los sabios entendían que no era bruja, sino guardiana.

Una noche, mientras la luna se alzaba sobre el bosque como lámpara ancestral, Soreyma y Yauré danzaron en lo más alto del territorio. Las palmas se mecían como si aplaudieran. Los pájaros cantaban como si narraran. El río San Félix se desbordó levemente, como si celebrara. Y en ese momento, los ancianos dijeron que el bosque había sido consagrado.

Desde entonces, Soreyma fue llamada la guardiana de los bosques de palma de cera. Su danza se convirtió en ritual. Su historia comenzó a ser contada en las fogatas, en los cantos, en los susurros. Pero también comenzaron las amenazas.

Los conquistadores llegaron con cruces, con mapas, con promesas. Querían el oro, la tierra, el silencio. Soreyma los enfrentó sin armas. Convocó a los sabios, a los ancianos, a los niños. Danzó frente a ellos, con el bosque como escenario y el río como música. Su cuerpo hablaba por todos. “Si nos arrancan la tierra, sembramos palabra. Si nos silencian, cantamos con los árboles. Si nos venden, nos volvemos raíz.”

Los conquistadores no entendieron. No podían capturar lo que no se tocaba. Intentaron negociar, amenazar, dividir. Pero Soreyma se internó en el bosque, y allí, entre las palmas de cera, desapareció.

Algunos dicen que se convirtió en niebla. Otros que su espíritu vive en cada palma que nace. Lo cierto es que, desde entonces, el bosque canta. Y quienes lo escuchan, sienten que no están solos.

Porque en lo más alto de la cordillera, donde nace el río Arma y el San Félix cruza los valles, las palmas de cera guardan un secreto: el nacimiento de una mujer que danzó para defender la tierra.

Capítulo 2
El Bosque Sagrado

El bosque no era solo un lugar. Era un cuerpo vivo, un templo sin muros, un libro sin letras. Para los Concuyes, las palmas de cera no eran árboles: eran ancestros que se alzaban para vigilar el cielo. Cada palma era un testigo, cada raíz una historia, cada hoja una plegaria. Y Soreyma, desde niña, supo que su destino no estaba en la choza de su padre ni en los caminos de los hombres, sino en ese bosque que respiraba con ella.

A los siete años, Soreyma comenzó a internarse sola en la espesura. Lo hacía al amanecer, cuando la niebla aún dormía entre los troncos y los cantos del mirlo abrían el día como un telón. Caminaba descalza, sin miedo, guiada por el zumbido de los insectos y el tamborileo del pájaro carpintero. Aprendió a distinguir los senderos por el aroma de las hojas, por la textura del musgo, por la inclinación de las ramas. El bosque le hablaba, no con palabras, sino con presencias.

Una mañana, mientras seguía el curso del río San Félix, encontró una palma caída. No estaba rota ni enferma. Había cedido su cuerpo al suelo como quien se entrega al descanso. Soreyma se arrodilló junto a ella, puso su oído sobre el tronco y escuchó. Un murmullo profundo, como un canto antiguo, le habló desde la médula. No entendió las palabras, pero sintió el mensaje: "No somos eternos, pero somos memoria. Cuídala."

Desde ese día, Soreyma comenzó a danzar en el bosque. No para los hombres, sino para las palmas. Su danza era distinta. No buscaba ser vista, sino escuchada por la tierra. Giraba entre los helechos, saltaba sobre las raíces, se deslizaba entre los troncos como si su cuerpo fuera agua. Los animales la seguían: el lorito de páramo graznaba desde lo alto, los mirlos marcaban el ritmo con sus trinos, y los carpinteros golpeaban los árboles como tambores ceremoniales.

Los sabios de la tribu comenzaron a notar cambios. Las lluvias llegaban con más precisión. Las cosechas de papa eran más abundantes. Los nacimientos eran más sanos. Decían que la montaña estaba contenta. Que la danza de Soreyma había despertado algo dormido. Que el bosque la había reconocido como su hija.

Un día, el anciano Tairuma, guardián de los relatos, la llamó a su choza. Le mostró un manto tejido con hilos de fique y tintes de achiote. En el centro, una figura femenina danzaba entre palmas, rodeada de aves y ríos. “Este es el símbolo de la guardiana”, le dijo. “Solo aparece cada muchos soles, cuando la tierra está en peligro. Tú eres ella.”

Soreyma no respondió. Solo bajó la cabeza y cerró los ojos. En su interior, algo se encendía. No era orgullo. Era responsabilidad.

Desde entonces, su danza se volvió más intensa. Ya no era solo un juego, ni un rito. Era una forma de cuidar. Cada movimiento era una ofrenda. Cada paso, una siembra. Cada giro, una defensa. Yauré, su compañero, la acompañaba. Juntos danzaban en los claros del bosque, en las orillas del río, en las noches de luna llena. No hablaban mucho. No lo necesitaban. Sus cuerpos se entendían como se entienden las raíces bajo tierra: sin palabras, pero con verdad.

Los niños comenzaron a imitarlos. Las mujeres aprendieron los pasos. Los ancianos aportaron cantos antiguos. La danza se volvió colectiva. Era un lenguaje nuevo, pero también ancestral. Un idioma que no se escribía, pero que se sentía en la piel, en el pecho, en la tierra.

Pero no todos celebraban.

Algunos jóvenes guerreros, celosos de la influencia de Soreyma, comenzaron a murmurar. Decían que la danza debilitaba a los hombres. Que la tribu necesitaba armas, no bailes. Que los Carrapas se estaban armando. Que los Pícaras querían el control del paso del San Félix. Que la belleza de Soreyma era un peligro, una distracción, una amenaza.

Yaurán, su padre, los escuchaba en silencio. Sabía que el poder de su hija era distinto. Que no se medía en batallas

ganadas, sino en armonías restauradas. Pero también sabía que el mundo estaba cambiando. Que los rumores de hombres blancos con piel de hierro y ojos de fuego no eran solo cuentos. Que el bosque, por más sagrado que fuera, no era invulnerable.

Una tarde, Soreyma subió sola hasta la cima del cerro de los Vientos. Desde allí, se veía todo: el valle de La Samaria, el nacimiento del río Arma, las líneas verdes de las palmas extendiéndose como dedos hacia el cielo. Se sentó en una piedra y cerró los ojos. El viento le trajo un aroma extraño: humo, metal, miedo. Supo que algo se acercaba. No sabía cuándo, ni cómo, pero lo sintió. El bosque se lo dijo.

Esa noche, danzó como nunca. Su cuerpo era fuego, agua, raíz. Yauré la acompañó. Los ancianos encendieron fogatas. Los niños cantaron. Las mujeres tejieron coronas de palma. Fue una ceremonia sin nombre, pero con sentido. Era una preparación. Una despedida. Un pacto.

Al terminar, Soreyma se acercó a su padre. Lo miró a los ojos y le dijo: “No me pertenezco. Soy del bosque. Soy de la palma. Soy de la danza.” Yaurán no respondió. Solo la abrazó. Sabía que su hija no era solo suya. Era del territorio. Era de todos.

Desde entonces, Soreyma comenzó a desaparecer por días enteros. Se internaba en el bosque, dormía bajo las palmas, bebía del río, hablaba con los pájaros. Volvía con historias, con cantos, con visiones. Decía que las palmas le mostraban el futuro. Que el peligro venía del otro lado del mar. Que la danza debía ser preservada. Que el bosque debía ser defendido sin odio, sin violencia, con memoria.

Los sabios comenzaron a registrar sus palabras en cortezas de yarumo. Las mujeres las tejieron en mantos. Los niños las aprendieron de memoria. Así nació el Canto de Soreyma, una serie de versos que hablaban de la tierra, del agua, del cuerpo, de la libertad. No era un libro. Era una semilla.

Y esa semilla, siglos después, germinaría en el corazón de otra mujer.

Pero eso aún no lo sabían. Por ahora, Soreyma danzaba. Y el bosque la escuchaba.

Capítulo 3
Los Pretendientes Guerreros

La belleza de Soreyma no era solo física. Era presencia. Era misterio. Era raíz. Su altura, inusual entre las mujeres de los Concuyes y aún más entre las tribus vecinas, la hacía visible desde lejos. Su andar era firme, su cabello largo como la sombra de las palmas, y sus ojos verdes como el musgo que crece en las piedras del río San Félix. Pero lo que más atraía no era su cuerpo, sino su silencio. Su danza. Su poder sin armas.

Los guerreros de los Pícaras fueron los primeros en acercarse. Vinieron con collares de plumas, con lanzas talladas, con promesas de alianza. Querían a Soreyma como símbolo, como trofeo, como esposa del jefe. Ella los recibió en el claro del bosque, donde las palmas se alzaban como testigos. No habló. No discutió. Danzó.

Su cuerpo se movía como el río Arma en temporada de lluvias: impredecible, profundo, indomable. Cada giro desarmaba la intención. Cada salto borraba el deseo. Los guerreros, confundidos, bajaron sus lanzas. No podían tocar lo que no se dejaba poseer. Se retiraron en silencio, sin entender qué había pasado.

Luego vinieron los Carrapas. Más rudos, más directos. No ofrecieron alianzas. Vinieron con intención de raptarla. Decían que una mujer como ella debía pertenecer al más fuerte. Que su danza era peligrosa. Que su influencia debía ser controlada. La esperaron en la entrada del bosque, ocultos entre los helechos. Pero Soreyma no huyó. Danzó.

Esta vez, su cuerpo era viento. Era niebla. Era canto. Los loritos de páramo volaron en círculos sobre su cabeza. Los mirlos marcaron el ritmo con sus trinos. El pájaro carpintero golpeó los troncos como tambor de advertencia. Los guerreros intentaron avanzar, pero el bosque se cerró. Las ramas se entrelazaron. Las

raíces se alzaron. La tierra habló. Y ellos retrocedieron.
Los sabios de los Concuyes comenzaron a entender que Soreyma no era solo una mujer. Era un símbolo. Una fuerza. Una guardiana. Su danza no era entretenimiento. Era defensa. Era pacto. Era frontera.

Pero no todos aceptaban esa verdad.

Algunos jóvenes de su propia tribu comenzaron a murmurar. Decían que Soreyma se creía superior. Que su danza era arrogancia. Que los hombres estaban perdiendo poder. Que la tribu necesitaba guerreros, no bailarinas. Que el bosque no se defendía con giros, sino con fuego.

Yauré, su compañero, los enfrentó. No con violencia, sino con palabra. Les habló del pacto de los valles. De la sabiduría de las palmas. De la fuerza que no grita, pero que transforma. Les recordó que la tierra no pertenece a quien la domina, sino a quien la cuida.

Una noche, Soreyma convocó a las tribus. No para discutir, sino para danzar. En el centro del bosque, bajo la luna llena, se alzó una ceremonia sin precedentes. Las mujeres tejieron coronas de palma. Los ancianos encendieron fogatas. Los niños cantaron. Y Soreyma danzó.

Su cuerpo era historia. Era territorio. Era resistencia. Cada paso narraba una batalla. Cada giro evocaba una alianza. Cada salto sembraba una promesa. Yauré la acompañaba, no como sombra, sino como igual. Juntos, tejían una coreografía que hablaba de libertad, de dignidad, de raíz.

Los guerreros observaban. Algunos con respeto. Otros con rabia. Pero ninguno pudo interrumpir. El bosque los contenía. La danza los desarmaba. La comunidad los rodeaba. Y al final, todos entendieron: Soreyma no era propiedad. Era legado.

Desde entonces, los intentos de raptarla cesaron. No porque los hombres cambiaran, sino porque el territorio habló. Las palmas se alzaron más altas. Los ríos cantaron más fuerte. Los animales se acercaron con más confianza. El bosque había elegido a su guardiana. Y nadie podía tocarla sin enfrentar la memoria.

Pero el peligro no había desaparecido. Solo había cambiado de forma.

Los rumores de hombres blancos con piel de hierro y ojos de fuego comenzaron a llegar. Decían que venían del otro lado del mar. Que traían mapas, cruces, promesas. Que no respetaban pactos ni danzas. Que no escuchaban al bosque.

Soreyma lo sabía. Lo sentía en la tierra. Lo escuchaba en el viento. Lo veía en los sueños. Su danza se volvió más intensa. Más urgente. Más profunda. Ya no era solo defensa. Era preparación.

Yauré comenzó a registrar los movimientos. Los ancianos los convirtieron en cantos. Las mujeres los bordaron en mantos. Los niños los aprendieron como juego. Así nació el Ritual de la Palma Viva, una coreografía que no solo protegía, sino que enseñaba. Que no solo resistía, sino que sembraba.

Soreyma sabía que no podía detener lo inevitable. Pero también sabía que la memoria es más fuerte que el olvido. Que la danza es más profunda que la espada. Que el bosque, si es amado, se defiende solo.

Y así, mientras los guerreros se retiraban, mientras los rumores crecían, mientras el mundo cambiaba, Soreyma danzaba. Y el bosque la escuchaba.

Capítulo 4
El Pacto de los Valles

El sol se alzaba lento sobre los Valles Altos de San Félix, como si supiera que ese día no era uno más. La niebla se retiraba con respeto, dejando ver las palmas de cera erguidas como centinelas. El río Arma nacía entre las piedras con un murmullo distinto, y el San Félix cruzaba los valles como si llevara un mensaje.

Era el día del pacto.

Soreyma había danzado toda la noche anterior. No por ceremonia, sino por necesidad. Su cuerpo pedía movimiento, como si la tierra le exigiera una respuesta. Yauré la había acompañado, sin palabras, sin preguntas. Sabía que algo se gestaba. Que la danza no era solo ritual, sino anuncio.

Los ancianos de los Concuyes, los sabios de los Pozos, los cantores de los Paucuras y los tejedoras de los Carrapas se reunieron en el claro del bosque. No había llamado oficial, ni decreto. Solo una intuición compartida: que era tiempo de decidir. Que el territorio pedía unidad. Que la memoria debía ser sembrada antes de que el olvido llegara con botas y mapas.

Soreyma se presentó con una corona de palma tejida por las mujeres de su tribu. Su vestido era sencillo, pero su presencia era inmensa. Yauré caminaba a su lado, con el pecho descubierto y los pies descalzos, como quien se ofrece sin miedo. No eran líderes políticos. No eran jefes militares. Eran cuerpo y raíz. Eran danza y palabra.

El pacto no se firmó. Se danzó.

Soreyma y Yauré comenzaron a moverse en el centro del círculo. Sus pasos eran lentos, luego rápidos, luego suspendidos. Cada giro evocaba una historia. Cada salto recordaba una pérdi-

da. Cada abrazo sembraba una promesa. Las tribus observaban en silencio. Algunos lloraban. Otros cantaban. Todos entendían.

La danza hablaba de respeto entre pueblos. De defensa del bosque. De protección de los ríos. De memoria compartida. De resistencia sin odio. De libertad sin violencia. Era un idioma que no se enseñaba, pero que se comprendía. Y al final, cuando Soreyma se arrodilló y tocó la tierra con la frente, todos supieron que el pacto estaba hecho.

Desde ese día, las tribus comenzaron a colaborar. Los Pícaras ofrecieron sus cantos para las ceremonias. Los Carrapas compartieron sus tintes naturales para los mantos. Los Paucuras enseñaron a leer las estrellas. Los Pozos ofrecieron sus semillas. Y los Concuyes, liderados por Soreyma, compartieron la danza.

El bosque respondió. Las palmas crecieron más altas. Los animales se acercaron sin miedo. Las lluvias llegaron con ritmo. Los nacimientos fueron más sanos. El territorio respiraba en armonía.

Pero no todo era paz.

Los rumores de invasores crecían. Decían que venían con caballos, con fuego, con cruces. Que no respetaban pactos ni danzas. Que querían oro, tierra, silencio. Soreyma lo sabía. Lo sentía en la piel. Lo escuchaba en los sueños. Lo veía en los ojos de los pájaros.

Una noche, mientras danzaba sola en el bosque, el lorito de páramo se posó en su hombro. No graznó. Solo la miró. Y en su mirada, Soreyma vio el futuro: fuego en las palmas, sangre en los ríos, silencio en los cantos. Supo que debía preparar a su pueblo. No para la guerra, sino para la memoria.

Convocó a los sabios. Les pidió que registraran la danza. Que la convirtieran en canto, en tejido, en relato. Que la enseñaran a los niños. Que la sembraran en los mantos, en las piedras, en los árboles. Que la hicieran inmortal.

Yauré comenzó a escribir. No con tinta, sino con carbón sobre corteza de yarumo. Cada paso tenía un símbolo. Cada giro, una palabra. Cada salto, una intención. Era un lenguaje nuevo, pero también antiguo. Era el idioma de la tierra.

Las mujeres tejieron los movimientos en mantos. Los hombres tallaron los pasos en madera. Los niños los aprendieron como juego. Así nació el Pacto de los Valles, una coreografía que no solo celebraba la vida, sino que protegía el territorio.

Pero Soreyma sabía que no bastaba.

Una mañana, subió sola al cerro de los Vientos. Desde allí, se veía todo: el valle de La Samaria, el nacimiento del río Arma, las líneas verdes de las palmas extendiéndose como dedos hacia el cielo. Se sentó en una piedra y cerró los ojos. El viento le trajo un aroma extraño: humo, metal, miedo. Supo que el tiempo se acercaba.

Al regresar, convocó a los niños. Les enseñó la danza. Les habló del bosque. Les mostró las palmas. Les pidió que escucharan. Que recordaran. Que resistieran. No con odio, sino con raíz. No con armas, sino con cuerpo.

Yauré la observaba. Sabía que Soreyma no era solo mujer. Era símbolo. Era legado. Era llama.

Una noche, mientras danzaban juntos bajo la luna, Soreyma le dijo: “Si me arrancan, que mi cuerpo se vuelva palma. Si me silencian, que mi voz se vuelva río. Si me olvidan, que mi danza se vuelva raíz.”

Yauré no respondió. Solo la abrazó. Sabía que el pacto no era solo entre tribus. Era entre ella y la tierra.

Desde entonces, el bosque comenzó a cambiar. Las palmas se movían con más ritmo. Los animales cantaban con más fuerza. El río San Félix murmuraba con más claridad. Era como si el territorio se preparara. Como si supiera que debía resistir.

Y Soreyma danzaba. Cada día. Cada noche. Cada amanecer.

Porque el pacto estaba hecho. Porque la memoria estaba sembrada. Porque la danza era más fuerte que el olvido.



Aquí está la ilustración del pacto ceremonial entre las tribus: Soreyma y Yauré danzan en el corazón del bosque, rodeados por los sabios, mujeres y niños de los Concuyes, Pícaras, Carrapas, Pozos y Paucuras. Las palmas de cera se alzan como testigos, el fuego ilumina los rostros, y el territorio respira unidad, memoria y resistencia. Esta escena ya es parte viva de la novela.

Capítulo 5
La Invasión del Metal y la Cruz

El bosque estaba inquieto.

Las palmas de cera, que solían mecerse con ritmo sereno, comenzaron a crujir con un sonido nuevo, como si se comunicaran entre sí. El río San Félix, que cantaba con dulzura, ahora murmuraba con urgencia. Los pájaros —el mirlo, el lorito de páramo, el tucán, el carpintero— cambiaron sus rutas, sus cantos, sus hábitos. Algo se acercaba. Algo que no pertenecía.

Soreyma lo sintió antes que nadie. No en la piel, sino en la raíz. El bosque le hablaba en sueños, en silencios, en temblores. Veía figuras de metal, cruces de fuego, palabras que no entendía pero que dolían. Sabía que el pacto de los valles había sembrado memoria, pero también sabía que la memoria sería puesta a prueba.

Los primeros en llegar no fueron soldados, sino mensajeros. Hombres vestidos con telas extrañas, con acentos duros, con ojos que no miraban el paisaje sino lo que podían extraer de él. Traían mapas, promesas, objetos brillantes. Querían hablar con los caciques. Querían negociar. Querían nombrar.

Yaurán, padre de Soreyma, los recibió con dignidad. Les ofreció agua del río, les mostró los cultivos de papa, les habló del bosque. Ellos escuchaban, pero no entendían. No preguntaban por la danza, ni por las palmas, ni por los pactos. Solo querían saber cuántas tierras, cuántos hombres, cuántos metales.

Soreyma los observaba desde la distancia. No con odio, sino con claridad. Sabía que no venían a compartir, sino a dividir. Que no venían a aprender, sino a imponer. Que no venían a sembrar, sino a extraer.

Una tarde, mientras danzaba en el claro del bosque, uno de los mensajeros se acercó. No con lanza, sino con palabra. Le ofreció un collar de oro, una tela brillante, una promesa de alianza.

Ella no respondió. Danzó.

Su cuerpo se movía como el viento antes de la tormenta. Firme, impredecible, profundo. El hombre retrocedió. No por miedo, sino por incomprensión. No entendía cómo una mujer podía responder sin hablar. Cómo podía rechazar sin gritar. Cómo podía resistir sin atacar.

Los mensajeros se fueron. Pero volvieron.

Esta vez, con soldados.

Hombres de metal, con armaduras que brillaban como espejos rotos. Con caballos que pisaban la tierra como si no la sintieran. Con cruces que no bendecían, sino que marcaban. Con palabras que no dialogaban, sino que ordenaban.

Los caciques se reunieron. Algunos querían negociar. Otros querían huir. Yaurán pidió tiempo. Soreyma pidió memoria.

Convocó a las tribus. No para pelear, sino para recordar. En el centro del bosque, bajo las palmas más altas, se alzó una ceremonia. Las mujeres tejieron mantos con símbolos antiguos. Los sabios cantaron versos del pacto. Los niños danzaron con pasos aprendidos. Y Soreyma, como siempre, danzó.

Pero esta vez, su danza era distinta.

No era solo celebración. Era advertencia. Era escudo. Era grito.

Su cuerpo hablaba por todos. Por los Concuyes, por los Pícaras, por los Carrapas, por los Pozos, por los Paucuras. Por las palmas, por los ríos, por los pájaros. Por la tierra.

Los soldados observaron. Algunos rieron. Otros se inquietaron. No entendían. No podían tocar. No podían poseer.

Pero no se detuvieron.

Comenzaron a marcar territorios. A exigir tributos. A imponer nombres. A construir caminos que no respetaban las raíces. A talar palmas que no les hablaban. A silenciar cantos que no comprendían.

Soreyma no se rindió.

Organizó danzas en cada rincón del bosque. Enseñó a los niños a resistir con el cuerpo. A las mujeres a bordar la memoria. A los ancianos a cantar la historia. A los hombres a proteger sin violencia.

Yauré la acompañaba. No como sombra, sino como llama. Juntos, danzaban frente a los soldados. No para entretener, sino para defender. No para agradar, sino para recordar.

Una noche, mientras el fuego iluminaba los rostros de la comunidad, Soreyma habló:

"Nos quieren arrancar. Pero somos raíz. Nos quieren silenciar. Pero somos canto. Nos quieren dividir. Pero somos danza." Los soldados comenzaron a temer. No por las armas, sino por la unidad. No por la fuerza, sino por la memoria. No por el número, sino por el espíritu.

Pero el poder colonial no se detiene por miedo. Se alimenta de imposición.

Comenzaron los castigos. Las desapariciones. Las quemas. Las conversiones forzadas. Las divisiones internas. El pacto de los valles fue puesto a prueba.

Soreyma sabía que no podía detener el metal. Pero también sabía que el metal no puede tocar lo que no ve. Lo que no entiende. Lo que no se rinde.

Una madrugada, se internó en el bosque. No huyó. Se ofreció. Se entregó. No como víctima, sino como semilla.

Algunos dicen que los soldados la buscaron y no la encontraron. Que el bosque se cerró. Que las palmas se alzaron.

Que el río cambió de curso. Que los pájaros dejaron de cantar.

Otros dicen que Soreyma se convirtió en niebla. Que su cuerpo se volvió palma. Que su voz se volvió río. Que su danza se volvió raíz.

Lo cierto es que, desde entonces, el bosque canta distinto. Las palmas crujen con más fuerza. Los pájaros vuelan con más ritmo. El río murmura con más claridad.

Y quienes escuchan, sienten que no están solos. Porque Soreyma no murió. Se sembró.

Y su danza, aún hoy, se siente en cada palma que nace.

Capítulo 6
La Desaparición

El bosque estaba en silencio.

No era el silencio de la noche, ni el de la calma. Era otro. Más hondo. Más antiguo. Como si la tierra contuviera el aliento. Como si las palmas de cera se hubieran detenido en su danza. Como si el río San Félix se negara a cantar.

Soreyma lo sintió en la piel. En los huesos. En el viento. Sabía que el momento había llegado. No era miedo. Era certeza. El metal había cruzado los límites. Las palabras ya no bastaban. La danza había resistido, pero ahora debía transformarse.

Esa madrugada, se levantó antes que el sol. Caminó descalza entre las raíces, con el vestido bordado por las mujeres de su tribu, con la corona de palma tejida por las niñas, con los cantos de los ancianos resonando en su pecho. No se despidió. No lloró. No dejó instrucciones. Solo caminó.

Yauré la vio partir. No intentó detenerla. Sabía que Soreyma no se iba. Se sembraba.

Subió al cerro de los Vientos, donde el pacto de los valles había sido danzado. Allí, entre las palmas más altas, comenzó su última danza. No había público. No había ceremonia. Solo el bosque. Solo el río. Solo el cielo.

Su cuerpo se movía con una lentitud sagrada. Cada paso era despedida. Cada giro, ofrenda. Cada salto, renacimiento. Los pájaros la rodeaban: el mirlo, el lorito de páramo, el tucán, el carpintero. No cantaban. Solo la acompañaban.

La niebla comenzó a subir desde el valle. No como amenaza, sino como manto. Como abrazo. Como puente. Soreyma

danzaba entre la niebla, entre las palmas, entre los susurros. Su cuerpo se desdibujaba. Su figura se volvía bruma. Su voz se volvía eco.

Y entonces, desapareció.

No hubo grito. No hubo caída.
No hubo muerte.
Solo niebla.
Solo silencio.
Solo memoria.

Los sabios lo supieron al instante. Las mujeres lo sintieron en el corazón. Los niños lo soñaron esa noche. Yauré lo escribió en corteza de yarumo: “Soreyma no se fue. Se volvió palma.”

Desde ese día, el bosque cambió.

Las palmas comenzaron a crecer con más fuerza. Algunas nacían en lugares donde nunca habían brotado. Los pájaros cantaban con nuevos ritmos. El río San Félix trazó un nuevo curso, como si buscara algo. Como si siguiera una danza invisible.

La comunidad se reunió en el claro del bosque. No para llorar, sino para sembrar. Cada tribu ofreció algo: los Pícaras, sus cantos; los Carrapas, sus tintes; los Pozos, sus semillas; los Paucuras, sus estrellas. Los Concuyes ofrecieron la danza.

Yauré danzó solo. No como despedida, sino como continuación. Su cuerpo hablaba de Soreyma, pero también de todos. De la tierra. De la raíz. De la resistencia.

Los niños aprendieron los pasos. Las mujeres bordaron los movimientos. Los ancianos cantaron los giros. Así nació el Ritual de la Palma Viva, ahora sin cuerpo, pero con alma.

Los conquistadores no entendieron. Buscaron a Soreyma. Interrogaron. Amenazaron. Escarbaron. Pero no la encontraron. Porque no estaba. Porque no podía ser capturada. Porque no era cuerpo. Era símbolo.

Algunos decían que se había convertido en niebla. Otros, que su espíritu vivía en cada palma que nacía. Otros más, que danzaba en los sueños de los niños. Lo cierto es que, desde

entonces, nadie volvió a tocar el bosque sin sentir algo. Un temblor. Un susurro. Una advertencia.

Y en San Félix, cuando el sol se posa sobre los valles altos y el río murmura entre las raíces, los campesinos dicen que es Soreyma saludando. Que su danza aún vive. Que su memoria aún canta.

Porque hay desapariciones que no borran. Que siembran. Porque hay cuerpos que no mueren. Que se transforman. Porque hay danzas que no terminan. Que se vuelven raíz.

Capítulo 7
La Niña de los Ojos Verdes

En San Félix, cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa como un manto de silencio, los abuelos dicen que hay una palma que canta. No tiene hojas distintas, ni tronco más alto, pero cuando el viento la toca, suena como si danzara. Algunos creen que es Soreyma. Otros, que es solo el bosque recordando. Pero todos coinciden en que, desde que esa palma brotó, algo cambió en el pueblo.

Fue en ese tiempo que nació Yorlady, en una casa de barro y madera, al borde del camino que lleva al río San Félix. Su madre, Rosalba, era partera y curandera; su padre, Efraín, sembrador de papa y contador de historias. Desde pequeña, Yorlady fue distinta. No por su belleza —aunque era deslumbrante— sino por su mirada. Tenía los ojos verdes como el musgo de las piedras, como los de Soreyma, decían los viejos. Y cuando miraba, parecía que escuchaba algo más allá del mundo.

Creció entre niebla, tierra húmeda y relatos. Su abuela le hablaba de la palma que canta, del río que murmura nombres, del cerro que guarda secretos. Le contaba la historia de una mujer que danzó para defender el bosque, que enfrentó al metal sin armas, que desapareció entre la niebla. Yorlady escuchaba sin interrumpir. A veces, al terminar el relato, salía sola al campo y comenzaba a girar. No sabía por qué. No sabía cómo. Solo sabía que su cuerpo pedía movimiento.

A los siete años, comenzó a danzar sin música. Sus pies marcaban el ritmo sobre la tierra. Sus brazos se alzaban como ramas. Su torso se curvaba como río. Los pájaros la seguían. El lorito de páramo graznaba desde lo alto. El mirlo marcaba el compás. El carpintero golpeaba los troncos como tambor. Los vecinos la observaban con asombro. Decían que la niña tenía algo. Que la tierra la llamaba. Que la palma la guiaba.

Pero Yorlady no hablaba de eso. Guardaba silencio. Solo danzaba.

Una tarde, mientras ayudaba a su padre en la cosecha, encontró un objeto enterrado entre las raíces de una papa. Era una corteza de yarumo, con símbolos tallados. Su padre la reconoció al instante. Era parte del Canto de Soreyma, el lenguaje de la danza, el pacto de los valles. Nadie sabía cómo había llegado allí. Nadie sabía quién lo había enterrado. Pero Yorlady lo entendió. No con palabras, sino con el cuerpo.

Desde ese día, comenzó a buscar más fragmentos. En el bosque, en el río, en las piedras. Encontró tejidos, cantos, relatos. Su abuela la ayudó a descifrarlos. Su madre le enseñó a bordarlos. Su padre los convirtió en cuentos. Y Yorlady los convirtió en danza. A los doce años, danzaba como si el bosque la habitara. No imitaba a Soreyma. La continuaba. Su cuerpo era raíz, viento, fuego. Los ancianos comenzaron a llamarla la más bella de las bellas, no por su rostro, sino por su fuerza. Decían que la guardiana había vuelto. Que la palma había germinado. Que la memoria tenía nuevo cuerpo.

Pero no todos lo celebraban.

Algunos decían que era peligroso. Que los tiempos habían cambiado. Que ya no se necesitaban danzas, sino títulos, permisos, contratos. Que el bosque debía ser aprovechado. Que la palma debía ser talada. Que la tierra debía producir.

Yorlady escuchaba. No respondía. Solo danzaba.

A los quince años, comenzaron los rumores. Empresas querían entrar al bosque. Decían que había recursos. Que era tierra sin dueño. Que podían traer progreso. Que los cultivos de papa no bastaban. Que el bosque debía ceder.

Yorlady convocó a la comunidad. No con discursos, sino con movimiento. Organizó una ceremonia en el claro de las palmas. Invitó a los sabios, a los niños, a los campesinos. Danzó con el vestido bordado por su abuela, con la corona tejida por las mujeres, con los cantos de los ancianos resonando en su pecho.

Su cuerpo hablaba de Soreyma, pero también de ella. De la tierra. De la raíz. De la resistencia.

Las empresas enviaron representantes. Vinieron con planos, con cifras, con promesas. Se sentaron en sillas plásticas, al borde del claro, esperando una reunión. Pero Yorlady no habló. Danzó.

Los pájaros la rodearon. El viento la acompañó. Las palmas se mecieron. El río cantó. Y los representantes no entendieron. No podían tocar. No podían negociar. No podían poseer.

La comunidad se unió. No con violencia, sino con memoria. Bordaron mantos con los símbolos de Soreyma. Cantaron los versos del pacto. Enseñaron a los niños la danza. Declararon el bosque como reserva ancestral. No por decreto, sino por cuerpo.

Yorlady fue reconocida como guardiana contemporánea. No por título, sino por raíz.

Desde entonces, el bosque volvió a cantar. Las palmas crecieron con más ritmo. Los animales se acercaron sin miedo. El río San Félix trazó un nuevo curso, como si siguiera una danza invisible.

Y cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa, los abuelos dicen que hay una palma que canta. Que Soreyma vive. Que Yorlady danza. Que la memoria no se rinde.

Capítulo 8
El Llamado de la Montaña

La montaña no llama con palabras. Llama con temblores, con cantos, con niebla. Llama cuando el cuerpo tiembla sin razón, cuando el sueño se llena de símbolos, cuando el viento trae voces que no se han dicho. Yorlady lo supo una madrugada, cuando el cerro de los Vientos se cubrió de una niebla espesa que no descendía, sino que subía desde la tierra como si algo despertara. Había cumplido diecisiete años. Su danza ya era conocida en todo San Félix. La gente la buscaba para bendecir nacimientos, para acompañar duelos, para abrir caminos. Su cuerpo era mensaje. Su mirada, raíz. Su voz, eco. Pero esa madrugada, algo cambió.

Despertó con el corazón agitado, como si hubiera corrido sin moverse. Salió al patio de tierra, bajo la luna menguante, y vio que la niebla no era niebla. Era memoria. Era presencia. Era llamado.

Caminó sin pensar. Cruzó el sembrado de papa, el sendero de piedras, el puente de madera sobre el río San Félix. Subió por el camino que lleva al cerro, donde las palmas de cera se alzan como lanzas de luz. No llevaba abrigo. No llevaba compañía. Solo llevaba el canto de su abuela en el pecho y el bordado de su madre en la cintura.

Al llegar a la cima, la niebla se abrió como cortina. Y allí, entre las raíces de una palma solitaria, encontró un objeto envuelto en hojas secas. Era un manuscrito. Viejo, pero intacto. Escrito en corteza de yarumo, con símbolos que reconocía sin haberlos aprendido. Era el Canto completo de Soreyma.

No lo leyó. Lo sintió.

Cada símbolo era un paso. Cada línea, un giro. Cada página, una danza. Era como si el cuerpo de Soreyma estuviera

allí, esperando ser despertado. Yorlady se arrodilló. Tocó la tierra con la frente. Cerró los ojos. Y la montaña habló.

No con voz. Con temblor.

Sintió el pulso de las raíces. El crujido de las palmas. El murmullo del río. El canto del mirlo. El graznido del lorito de pá-ramo. El tambor del carpintero. Todo era uno. Todo era llamado.

Regresó al pueblo con el manuscrito en brazos. No lo mostró. No lo explicó. Solo comenzó a danzar distinto. Más len-to. Más profundo. Más antiguo. La gente lo notó. Decían que algo había cambiado. Que Yorlady ya no danzaba sola. Que el bosque la acompañaba.

Convocó a las mujeres. Les enseñó los nuevos pasos. Les mostró los símbolos bordados. Les pidió que escucharan con el cuerpo. Que recordaran con la piel. Que resistieran con la danza.

Convocó a los sabios. Les pidió que cantaran los ver-sos antiguos. Que tradujeran los símbolos. Que sembraran la me-moria en los niños.

Convocó a los niños. Les enseñó a moverse como el río. A girar como el viento. A saltar como la palma. A danzar como quien defiende sin atacar.

Así nació la Danza del Renacer, una coreografía co-lectiva que no imitaba a Soreyma, sino que la continuaba. Que no repetía el pasado, sino que lo sembraba en el presente. Que no era ritual, sino acción.

La comunidad se transformó. Las casas comenzaron a bordar sus paredes con símbolos. Los cultivos se organizaron se-gún los ritmos de la danza. Las fiestas incluyeron el Canto de So-reyma. Los niños aprendieron a leer el bosque como libro. A escu-char el río como maestro. A respetar la palma como abuela.

Pero el llamado no era solo para el pueblo.

Yorlady comenzó a sentir que debía ir más allá. Que la danza no podía quedarse en San Félix. Que el bosque necesita-ba ser defendido en otros espacios. Que la memoria debía caminar.

Organizó una caminata ritual hacia el valle de La Samaria. No como protesta, sino como ofrenda. Llevó el manuscrito, los cantos, los mantos, los niños, los sabios, las mujeres. Danzaron por los caminos. Por los ríos. Por los cerros. La gente se unía. No por obligación, sino por raíz.

Al llegar al valle, encontraron maquinaria. Empresas querían abrir una vía. Decían que era progreso. Que era desarrollo. Que era inevitable.

Yorlady no discutió. Danzó.

Frente a las máquinas, su cuerpo se alzó como palma. Su mirada se volvió río. Su voz se volvió canto. Las mujeres la rodearon. Los niños la imitaron. Los sabios cantaron. Las máquinas se detuvieron.

Los ingenieros no entendían. No podían avanzar. No podían justificar. No podían poseer.

La danza había hablado.

Y el llamado de la montaña había sido respondido. Desde entonces, Yorlady no fue solo guardiana. Fue semilla de resistencia. Su danza cruzó límites. Su memoria se volvió colectiva. Su cuerpo se volvió símbolo.

Y cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa, los abuelos dicen que hay una palma que canta. Que Soreyma vive. Que Yorlady danza. Que la montaña sigue llamando.

Capítulo 9
La Amenaza Moderna

El bosque había resistido espadas, cruces y mapas. Había sobrevivido a la colonización, al olvido, al silencio impuesto. Pero ahora enfrentaba otra forma de invasión: la del progreso sin alma. La amenaza moderna no llegaba con armaduras, sino con planos, drones y discursos técnicos. No hablaba de conquista, sino de desarrollo. No prometía oro, sino empleo. Pero el bosque sabía. Y Yorlady también.

Todo comenzó con un rumor. Una empresa multinacional había puesto los ojos en el valle de La Samaria y los cerros de San Félix. Decían que había litio, que había agua, que había espacio para una vía rápida que conectara el norte de Caldas con el centro del país. Los ingenieros llegaron con chalecos brillantes, con carpetas, con sonrisas. Dijeron que querían conversar. Que respetaban la cultura. Que traían inversión.

Yorlady los recibió en el claro del bosque. No con rechazo, sino con danza. Danzó frente a ellos, con los niños a su alrededor, con los sabios cantando, con las mujeres bordando. Los ingenieros aplaudieron, tomaron fotos, hablaron de "valor patrimonial". Pero al día siguiente, comenzaron las mediciones.

La comunidad se inquietó. Los campesinos vieron drones sobre los cultivos de papa. Los ancianos escucharon explosiones de prueba en el cerro de los Vientos. Las palmas comenzaron a crujir con un sonido distinto. El río San Félix bajó con menos fuerza. El bosque estaba siendo tocado sin permiso.

Yorlady convocó a la comunidad. Esta vez no para danzar, sino para decidir. Se reunieron en la escuela rural, bajo los mapas antiguos, con el manuscrito de Soreyma sobre la mesa. Hablaron de derechos, de memoria, de territorio. Los sabios recordaron el pacto de los valles. Las mujeres propusieron bordar símbolos de resisten-

cia en cada casa. Los jóvenes ofrecieron crear una red de comunicación. Yorlady escuchó. Luego habló:

"Nos quieren convencer con cifras. Pero nosotros tenemos raíces. Nos quieren dividir con promesas. Pero nosotros tenemos memoria. Nos quieren callar con contratos. Pero nosotros tenemos canto."

Así nació el Movimiento Palma Viva, una articulación comunitaria que no se oponía por oponerse, sino que defendía desde la raíz. No bloqueaban caminos. Abrían diálogos. No destruían maquinaria. Construían conciencia. No insultaban. Cantaban.

Yorlady lideraba con el cuerpo. Danzaba en cada reunión. En cada marcha. En cada foro. Su presencia era símbolo. Su voz, eco. Su mirada, raíz. Los medios comenzaron a hablar de ella. "La joven que defiende el bosque con danza." "La heredera de Soreyma." "La guardiana de San Félix."

La empresa respondió con estrategia. Contrató antropólogos, sociólogos, comunicadores. Organizó talleres, ferias, concursos. Ofreció becas, empleos, convenios. Algunos comenzaron a dudar. Decían que era oportunidad. Que el mundo había cambiado. Que no se podía vivir solo de papa y palma.

Yorlady no discutía. Danzaba.

Organizó una gran ceremonia en el cerro de los Vientos. Invitó a comunidades vecinas. A líderes ambientales. A artistas. A periodistas. A campesinos. Danzaron durante tres días. Cantaron el Canto de Soreyma. Bordaron mantos colectivos. Sembraron palmas nuevas. Declararon el bosque como territorio de memoria viva. La empresa intentó avanzar. Pero cada vez que llegaban al bosque, la comunidad estaba allí. No con piedras, sino con cuerpos. No con gritos, sino con danza. No con odio, sino con raíz.

Los ingenieros se retiraron. No por miedo, sino por imposibilidad. No podían construir donde la tierra no se dejaba tocar. Donde la palma cantaba. Donde la danza hablaba.

Yorlady fue invitada a hablar en universidades, en congresos, en foros internacionales. Pero ella prefería el bosque. Decía que su palabra no estaba en el micrófono, sino en el movi-

miento. Que su discurso no estaba en el papel, sino en la palma. Que su lucha no estaba en el escenario, sino en la raíz.

Desde entonces, el Movimiento Palma Viva se expandió. Llegó a otras regiones. Inspiró a otras mujeres. A otros pueblos. A otros bosques. Yorlady no se volvió líder política. Se volvió símbolo.

Y cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa, los abuelos dicen que hay una palma que canta. Que Soreyma vive. Que Yorlady danza. Que la amenaza moderna no puede con la memoria viva.

Capítulo 10
La Danza de las Niñas

La memoria no se hereda por sangre. Se hereda por gesto. Por canto. Por raíz. Yorlady lo entendía. Sabía que su cuerpo era símbolo, pero también sabía que los símbolos deben multiplicarse para no volverse estatuas. Que la danza de Soreyma no podía quedarse en ella. Que debía sembrarse en otras niñas. En otros cuerpos. En otras voces.

Fue una tarde de lluvia suave, cuando el río San Félix bajaba con ritmo de canción y las palmas de cera se mecían como si aplaudieran, que Yorlady tomó la decisión. Estaba sentada bajo el árbol de yarumo, con el manuscrito de Soreyma en las manos, cuando una niña se le acercó. Tenía los pies descalzos, el cabello mojado, los ojos grandes. No dijo nada. Solo comenzó a girar. Torpe, pero sincera. Como quien no sabe, pero recuerda.

Yorlady la observó. No corrigió. No explicó. Solo se levantó y danzó con ella. Al poco tiempo, otras niñas se acercaron. Algunas imitaban. Otras inventaban. Todas sentían. Y así, sin decreto, sin cartel, sin permiso, nació la Escuela de Danza Ancestral Palma Viva.

No tenía paredes. Ni pupitres. Ni horarios. Tenía tierra, niebla, palmas y canto. Las clases comenzaban cuando el viento lo pedía. Cuando el río lo anunciaba. Cuando el cuerpo lo necesitaba. Las niñas llegaban con sus vestidos bordados, con sus coronas tejidas, con sus pies descalzos. No venían a aprender. Venían a recordar.

Yorlady no enseñaba pasos. Enseñaba escucha. Les pedía que se acostaran sobre la tierra. Que sintieran el pulso. Que escucharan el crujido de las raíces. Que reconocieran el canto del mirlo, el graznido del lorito de páramo, el tambor del carpintero. Que entendieran que la danza no es movimiento. Es conversación.

Cada niña recibía un símbolo del manuscrito de Soreyma. No como tarea, sino como semilla. Debía bordarlo, cantarlo, danzarlo. No para repetirlo, sino para transformarlo. Para hacerlo suyo. Para hacerlo raíz.

Las madres comenzaron a acompañar. No como espectadoras, sino como tejedoras. Bordaban los vestidos, los mantos, los pañuelos. Cantaban los versos antiguos. Curaban los pies cansados. Sembraban palma en el corazón de sus hijas.

Los sabios ofrecieron sus cantos. Los campesinos ofrecieron sus cultivos. Los ancianos ofrecieron sus relatos. La escuela se volvió comunidad. No era solo danza. Era territorio.

Las niñas comenzaron a danzar en las fiestas, en las cosechas, en los nacimientos. Su presencia era símbolo. Su movimiento, mensaje. Su cuerpo, raíz. La gente decía que eran "las hijas de la palma". Que Soreyma había vuelto en muchas. Que Yorlady había sembrado futuro.

Pero no todo era celebración.

Algunos decían que era peligroso. Que las niñas debían aprender cosas útiles. Que la danza no daba empleo. Que el bosque no era escuela. Que la memoria no era progreso.

Yorlady escuchaba. No respondía. Solo danzaba.

Organizó una ceremonia en el cerro de los Vientos. Esta vez, no para resistir, sino para celebrar. Las niñas danzaron en círculo. Cada una con su símbolo. Cada una con su canto. Cada una con su raíz. Las madres cantaron. Los sabios bendijeron. Los ancianos lloraron.

Fue entonces que Yorlady habló:

"Estas niñas no repiten. Transforman. No imitan. Crean. No obedecen. Escuchan. No se rinden. Danzan."

La ceremonia fue registrada por artistas, periodistas, líderes comunitarios. La imagen de las niñas danzando entre las palmas se volvió emblema. No de folclor, sino de resistencia. No de tradición, sino de futuro.

La escuela creció. Llegaron niñas de otros pueblos. De otras montañas. De otros ríos. Cada una traía su historia. Su símbolo. Su danza. Yorlady las recibía con los brazos abiertos. No como maestra, sino como hermana.

La danza se volvió red. Se tejió en mantos, en canciones, en relatos. Se compartió en redes, en libros, en murales. Pero nunca perdió su raíz. Siempre volvía al bosque. A la palma. Al río. Y cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa, los abuelos dicen que hay niñas que cantan. Que Soreyma vive. Que Yorlady danza. Que la memoria se multiplica.

Porque hay danzas que no se enseñan. Se siembran. Porque hay escuelas que no tienen techo. Tienen cielo. Porque hay niñas que no obedecen. Resisten.

Capítulo 11
La Marcha de las Palmas

La danza había sembrado conciencia. El canto había despertado memoria. El bosque había resistido. Pero ahora era tiempo de caminar. De unir pasos. De alzar cuerpos. De declarar, no ante un gobierno, sino ante el mundo, que el territorio de las palmas de cera no era recurso, ni paisaje, ni propiedad. Era vida. Era raíz. Era legado.

La idea nació en una conversación entre niñas. Estaban sentadas bajo una palma joven, después de una clase en la Escuela de Danza Ancestral Palma Viva. Una de ellas, llamada Nayeli, preguntó: "¿Y si danzamos por todo el pueblo? ¿Y si llevamos la palma a los que no la conocen?" Las demás la miraron. No como quien escucha una ocurrencia, sino como quien reconoce una verdad.

Yorlady lo supo al instante. La danza debía caminar. No quedarse en el claro del bosque. No limitarse a ceremonias. Debía cruzar calles, sembrados, plazas, escuelas. Debía tocar puertas, abrir corazones, despertar conciencias.

Convocó a la comunidad. No con afiches, sino con palabra viva. Reunió a las mujeres bordadoras, a los sabios cantores, a los campesinos sembradores, a los niños danzantes. Les habló del sueño de Nayeli. Les propuso una marcha. No de protesta, sino de afirmación. No de rabia, sino de raíz.

Así nació la Marcha de las Palmas, una movilización ritual que recorrería San Félix desde el cerro de los Vientos hasta el valle de La Samaria. Cada paso sería danza. Cada canto, memoria. Cada palma, símbolo.

La preparación fue colectiva. Las mujeres bordaron mantos con los símbolos del Canto de Soreyma. Los sabios compu-

sieron cantos nuevos, mezclando versos antiguos con voces actuales. Los niños pintaron carteles con frases como “La palma no se tala, se honra”, “Somos raíz, no recurso”, “La danza es defensa”.

Los hombres construyeron estandartes con ramas de palma, tejidos de fique y coronas de yarumo. Las niñas ensayaron una coreografía especial, inspirada en los movimientos de Soreyma y los pasos de Yorlady. El pueblo entero se convirtió en escuela, en taller, en ritual.

El día llegó.

El sol se alzó con fuerza, como si supiera que algo importante estaba por suceder. La niebla se retiró con respeto. El río San Félix cantó con ritmo de marcha. Las palmas se mecieron como si aplaudieran.

La marcha comenzó en el cerro de los Vientos. Yorlady encabezaba, con el manuscrito de Soreyma en las manos, con el vestido bordado por su madre, con la corona tejida por las niñas. A su lado, Nayeli y las demás danzantes. Detrás, las mujeres, los sabios, los campesinos, los niños, los ancianos.

Cada tramo tenía un gesto. En el puente de madera, se cantó el verso “Somos paso, no frontera”. En el sembrado de papa, se danzó el giro de la raíz. En la plaza del pueblo, se alzó el estandarte de la palma viva.

La gente se unía. No por obligación, sino por resonancia. Algunos lloraban. Otros cantaban. Todos entendían.

Al llegar al valle de La Samaria, donde las empresas querían construir, se hizo una ceremonia. Las niñas danzaron en círculo. Los sabios cantaron. Las mujeres tejieron en vivo. Yorlady habló:

“Esta tierra no está vacía. Está llena de memoria. Este bosque no está disponible. Está consagrado. Esta palma no está sola. Está acompañada por nuestros cuerpos.”

Los representantes de la empresa estaban presentes. No interrumpieron. No respondieron. Solo observaron. Algunos tomaron notas. Otros bajaron la mirada. Todos sintieron.

La marcha fue registrada por medios comunitarios, por artistas, por visitantes. Las imágenes de las niñas danzando entre palmas, de los mantos bordados, de los cantos colectivos, se compartieron en redes, en periódicos, en murales.

Pero lo más importante no fue lo que se vio. Fue lo que se sembró.

Desde ese día, cada palma nueva fue nombrada. Cada danza fue reconocida como acto de defensa. Cada niña fue considerada guardiana. La comunidad declaró el bosque como territorio de vida, memoria y libertad. No por ley, sino por cuerpo.

Y cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa, los abuelos dicen que hay una palma que canta. Que Soreyma vive. Que Yorlady danza. Que las niñas caminan. Que la memoria marcha.

Porque hay movimientos que no se organizan. Se sienten. Porque hay marchas que no gritan. Cantan. Porque hay palmas que no se talan. Se defienden.

Capítulo 12
El Bosque Consagrado

El bosque había resistido. Había danzado. Había marchado. Pero ahora pedía algo más. No defensa. No protesta. No afirmación. Pedía consagración. Que se le reconociera como lo que siempre fue: templo sin muros, cuerpo sin dueño, memoria sin olvido.

Yorlady lo entendió una madrugada, cuando la niebla bajó desde el cerro de los Vientos y se posó sobre las palmas como un manto sagrado. Caminaba sola, después de una clase con las niñas, cuando sintió que el bosque no la llamaba para moverse, sino para quedarse. Para escuchar. Para consagrar.

Convocó a los sabios. Les habló del sueño. De la necesidad de declarar el bosque como santuario natural y espiritual. No como zona protegida por decreto, sino como territorio consagrado por cuerpo, por canto, por raíz.

Los sabios estuvieron de acuerdo. Recordaron los pactos antiguos, los cantos de los ancestros, los símbolos de Soreyma. Dijeron que el bosque ya era sagrado. Solo faltaba que el mundo lo supiera.

Convocó a las mujeres. Les pidió que bordaran un manto colectivo, con los símbolos del Canto de Soreyma, con los pasos de la Danza del Renacer, con los versos de la Marcha de las Palmas. Cada hilo sería una historia. Cada color, una voz. Cada puntada, una raíz.

Convocó a los niños. Les pidió que pintaran el bosque como lo sentían. No como paisaje, sino como cuerpo. No como recurso, sino como abuela. No como lugar, sino como origen.

Convocó a los campesinos. Les pidió que ofrecieran sus cultivos como ofrenda. Que sembraran papa en forma de espiral, siguien-

do los giros de la danza. Que regaran con cantos. Que cosecharan con respeto.

La comunidad se preparó. No como para una fiesta, sino como para un rito. El bosque se volvió altar. Las palmas, columnas. El río, canto. La niebla, incienso.

La ceremonia comenzó al amanecer. El sol se alzó con lentitud, como si supiera que debía esperar. Las palmas se mecían con ritmo de danza. Los pájaros cantaban con tono de oración. Yorlady caminó al centro del claro, con el manto colectivo en los brazos, con el manuscrito de Soreyma en el pecho, con la corona tejida por las niñas en la frente. No habló. Danzó.

Su cuerpo era ofrenda. Cada paso, una plegaria. Cada giro, una consagración. Cada salto, una siembra.

Las niñas la rodearon. Danzaron con ella. Las mujeres cantaron. Los sabios bendijeron. Los campesinos ofrecieron sus cosechas. Los ancianos lloraron.

Al final, Yorlady se arrodilló. Tocó la tierra con la frente. Alzó el manto colectivo. Y dijo:

“Este bosque no se protege. Se honra. No se delimita. Se respeta. No se administra. Se escucha.”

La comunidad declaró el bosque como territorio consagrado de vida, memoria y libertad. No por ley escrita, sino por ley danzada. No por firma, sino por cuerpo. No por decreto, sino por raíz.

La noticia se expandió. Llegó a otras regiones. A otras montañas. A otros ríos. Inspiró a otros pueblos. A otras mujeres. A otros movimientos.

Pero el bosque no cambió. Solo se reconoció.

Desde entonces, cada palma nueva fue recibida con canto. Cada danza fue considerada acto sagrado. Cada niña fue vista como sacerdotisa de la memoria. Cada paso fue raíz.

Y cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa, los abuelos dicen que hay una palma que canta. Que Soreyma vive. Que Yorlady danza. Que el bosque respira.

Porque hay territorios que no se poseen. Se consagran. Porque hay cuerpos que no se imponen. Se ofrecen. Porque hay memorias que no se archivan. Se siembran.

Capítulo 13
El Canto de las Generaciones

La memoria no envejece. Se transforma. Se acomoda en nuevos cuerpos, en nuevas voces, en nuevas formas. No se repite: se renueva. Y cuando la raíz es profunda, el árbol no muere. Se multiplica. Así ocurrió con la danza de Soreyma, con la resistencia de Yorlady, y con el canto que comenzó a brotar en cada generación como agua que no se agota.

Después de la consagración del bosque, algo cambió en San Félix. No solo en el paisaje, sino en el tiempo. Las niñas que danzaban comenzaron a crecer. Algunas se volvieron bordadoras, otras cantoras, otras sembradoras. Pero todas llevaban en el cuerpo el ritmo de la palma, el giro del río, el salto de la raíz.

Yorlady lo observaba con gratitud. No como quien dirige, sino como quien acompaña. Sabía que su papel no era eterno, pero que su legado sí. Que la danza no era suya, sino del territorio. Que el canto debía seguir, aunque su voz callara.

Fue entonces que propuso crear el Archivo Vivo del Canto de las Generaciones. No como museo, sino como semilla. Un espacio donde cada niña, cada mujer, cada sabio, cada campesino pudiera dejar su huella: un paso, un verso, un bordado, un relato. No para conservar, sino para sembrar.

El archivo no tenía paredes. Tenía árboles. No tenía estanterías. Tenía mantos. No tenía vitrinas. Tenía cuerpos. Se ubicó en el corazón del bosque consagrado, entre las palmas más antiguas, donde Soreyma había danzado por última vez. Allí, cada visitante dejaba algo: una historia, una canción, una danza.

Las niñas que habían crecido comenzaron a enseñar. No como maestras, sino como hermanas. Formaron círculos de danza en otros pueblos, en otras montañas, en otros ríos. Llevaban el manuscrito de Soreyma como guía, pero lo adaptaban. Lo transformaban. Lo hacían suyo.

Los sabios comenzaron a grabar sus cantos. No en discos, sino en cortezas. En tejidos. En piedras. Cada canto tenía un ritmo, una historia, una raíz. Algunos hablaban de la llegada del

metal. Otros, de la marcha de las palmas. Otros más, de la consagración del bosque.

Las mujeres bordadoras crearon una colección de mantos llamada Las Voces del Viento. Cada manto representaba una generación. El primero, el de Soreyma, tenía símbolos de resistencia. El segundo, el de Yorlady, tenía giros de renacer. Los siguientes mostraban pasos nuevos, colores nuevos, cantos nuevos. Los campesinos comenzaron a sembrar según los ritmos de la danza. Las cosechas se organizaban como coreografías. Las papas se plantaban en espiral. Las flores, en círculos. Los árboles, en líneas que seguían los versos del canto.

El archivo vivo se convirtió en santuario. No de culto, sino de memoria. Visitantes llegaban desde lejos. No para ver, sino para sentir. No para aprender, sino para recordar. Algunos lloraban. Otros danzaban. Todos entendían.

Yorlady comenzó a retirarse. No por cansancio, sino por ciclo. Sabía que su tiempo como guardiana estaba llegando a su fin. Que debía dejar espacio. Que la memoria no se impone. Se ofrece.

Una tarde, se reunió con las niñas que ahora eran mujeres. Les entregó el manuscrito de Soreyma. Les dijo:

"Esto no es un libro. Es una raíz. No se lee. Se escucha. No se guarda. Se siembra."

Luego danzó por última vez en el centro del archivo vivo. Su cuerpo era ofrenda. Su mirada, despedida. Su voz, bendición. Al terminar, se arrodilló. Tocó la tierra con la frente. Y se retiró al bosque.

No desapareció. Se volvió niebla. Se volvió palma. Se volvió canto. Desde entonces, el canto de las generaciones se escucha en cada rincón del territorio. En las escuelas, en los cultivos, en las plazas, en los nacimientos. No como tradición, sino como raíz viva.

Y cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa, los abuelos dicen que hay una palma que canta. Que Soreyma vive. Que Yorlady danza. Que las generaciones cantan.

Soreyma, La Guardiana de la Palma de Cera

Eleuterio Gòmez Valencia

Porque hay legados que no se repiten. Se multiplican. Porque hay cantos que no se conservan. Se siembran. Porque hay memorias que no se archivan. Se danzan.



Capítulo 14
El Regreso de la Niebla

La niebla volvió.

No como clima. Como presencia. Como anuncio. Como abrazo. Bajó desde el cerro de los Vientos tres días después de que la noticia cruzara las montañas: Yorlady había muerto en Medellín. No en el bosque, no entre palmas, no en su tierra. Murió lejos, en una ciudad de concreto, ruido y velocidad. Pero su cuerpo no se perdió. Se sembró.

La noticia llegó como viento frío. Los sabios la recibieron en silencio. Las mujeres bordadoras dejaron caer las agujas. Las niñas danzantes se abrazaron sin hablar. Los campesinos detuvieron la cosecha. El río San Félix cambió de ritmo. Las palmas se inclinaron.

Yorlady había partido.

Pero no había desaparecido.

La comunidad se reunió en el claro del bosque consagrado. No para llorar, sino para recordar. No para enterrar, sino para sembrar. No para cerrar, sino para abrir. Cada persona llevó algo: una piedra, una flor, un verso, un paso. Las niñas llevaron sus mantos. Los sabios, sus cantos. Las mujeres, sus bordados. Los hombres, sus cosechas.

La ceremonia comenzó al amanecer. La niebla cubría todo. No se veía el sol, pero se sentía. No se escuchaban los pájaros, pero estaban. No se tocaba la tierra, pero vibraba.

En el centro del claro, colocaron el manuscrito de Soreyma, el manto colectivo, una corona tejida por las niñas, y una vela encendida. No había ataúd. No había cuerpo. Solo memoria.

Las niñas comenzaron a danzar. No con coreografía, sino con intuición. Cada una movía el cuerpo como lo sentía. Algunas giraban. Otras se arrodillaban. Otras alzaban los brazos. Era una danza sin forma, pero con alma.

Los sabios cantaron el Canto del Regreso, un verso antiguo que solo se entona cuando alguien se convierte en raíz. Las mujeres bordaron en vivo, sobre un manto blanco, los símbolos del tránsito. Los campesinos sembraron una palma en el centro del claro.

Y entonces, la niebla se abrió.

Por un instante, se vio una figura entre las palmas. Alta, serena, danzante. No era cuerpo. Era presencia. No era sombra. Era luz. No era Yorlady. Era su legado.

La comunidad entendió.

Yorlady no había muerto. Había regresado. No como cuerpo, sino como niebla. Como palma. Como canto. Como raíz.

Desde ese día, cada danza comenzó con una invocación: “Que la niebla nos guíe. Que la palma nos sostenga. Que Yorlady nos acompañe.”

La Escuela de Danza Ancestral Palma Viva se convirtió en Casa de la Niebla, un espacio donde se enseña no solo a danzar, sino a recordar. Las niñas que crecieron comenzaron a escribir sus propios manuscritos. Los sabios grabaron sus cantos en piedra. Las mujeres bordaron mantos con los nombres de las que partieron.

Y cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa, los abuelos dicen que hay una palma que canta. Que Soreyma vive. Que Yorlady danza. Que la memoria no termina.

Porque hay muertes que no apagan. Iluminan. Porque hay cuerpos que no se entierran. Se siembran. Porque hay legados que no se cierran. Se multiplican.

Epílogo
La raíz que danza en el tiempo

Dicen que hay historias que no terminan, sino que se transforman. Que hay cuerpos que no mueren, sino que se siembran. Que hay danzas que no cesan, sino que se multiplican en cada paso, en cada palma, en cada niña que gira con los pies descalzos sobre la tierra húmeda. Esta es una de esas historias.

Soreyma no fue solo una mujer. Fue un lenguaje. Un pacto. Una raíz que supo moverse con el viento sin quebrarse. Su cuerpo fue territorio, su danza fue defensa, su silencio fue canto. Y cuando la amenaza llegó —con metal, con mapas, con olvido— ella no huyó: se volvió niebla. Se volvió palma. Se volvió memoria.

Yorlady no fue solo una heredera. Fue llama. Fue eco. Fue puente entre siglos. Su cuerpo recogió los pasos de Soreyma y los sembró en nuevas generaciones. No imitó: transformó. No repitió: recreó. No lideró: acompañó. Y cuando su tiempo llegó, no partió: se volvió canto. Se volvió raíz. Se volvió símbolo.

Hoy, cuando la niebla baja desde el cerro de los Vientos y se posa sobre los cultivos de papa, los abuelos no lloran. Cantan. Las niñas no preguntan. Danzan. Las mujeres no temen. Bordaron el miedo y lo convirtieron en manto. Los sabios no olvidan. Sembraron la palabra y la hicieron bosque.

El archivo vivo del Canto de las Generaciones sigue creciendo. No tiene paredes, pero tiene sombra. No tiene vitrinas, pero tiene mantos. No tiene horarios, pero tiene ritmo. Cada visitante deja algo: un paso, un verso, una lágrima, una semilla. Y cada quien se lleva algo: una raíz, una certeza, una canción.

Las niñas que fueron danzantes ahora son madres. Y enseñan a sus hijas no solo a moverse, sino a escuchar. A leer el viento. A entender que la palma no es solo árbol, sino abuela. Que

el río no es solo agua, sino voz. Que el cuerpo no es solo carne, sino territorio.

Y cuando la amenaza vuelve —porque siempre vuelve, con otro rostro, con otro nombre, con otro discurso— la comunidad no se esconde. Se alza. No con armas, sino con cuerpos. No con odio, sino con memoria. No con gritos, sino con danza.

La Marcha de las Palmas se ha vuelto ritual anual. Cruza pueblos, conecta montañas, despierta conciencias. No exige. Declara. No impone. Invita. No divide. Une. Y en cada paso, Soreyma camina. Y en cada giro, Yorlady sonríe. Y en cada canto, la raíz se fortalece.

Los visitantes llegan desde lejos. Algunos con cámaras. Otros con cuadernos. Otros con preguntas. Pero todos se van distintos. Porque el bosque no se deja fotografiar. Se deja sentir. Porque la danza no se deja grabar. Se deja vivir. Porque la memoria no se deja explicar. Se deja sembrar.

Y cuando cae la noche, y la niebla cubre el valle como un manto de estrellas, las niñas se reúnen en círculo. No para ensayar. Para recordar. Encienden una vela. Cantan un verso. Giran en silencio. Y en ese instante, el bosque respira. La palma se inclina. El río murmura. Y la historia continúa.

Porque hay finales que no cierran. Abren. Porque hay epílogos que no concluyen. Consagran. Porque hay memorias que no se archivan. Se danzan.

Y en lo más alto de la cordillera, entre el río Arma y el San Félix, las palmas de cera siguen contando un secreto. No con palabras, sino con presencia. No con tinta, sino con raíz. No con voz, sino con cuerpo.

El secreto de una mujer que danzó para defender la tierra. El legado de una joven que sembró futuro con los pies. La certeza de un pueblo que entendió que resistir... es recordar.

La Guardiana de la Palma

Este bambuco es más que una canción: es un canto ceremonial, una raíz que vibra, una danza que se vuelve palabra. La Guardiana de la Palma nace del corazón de la cordillera caldense, entre el río Arma y el San Félix, donde las palmas de cera se alzan como lanzas de luz y la memoria ancestral se niega a ser olvidada.

Inspirado en la leyenda de Soreyma —mujer que danzó para defender la tierra— y en el legado vivo de Yorlady Osorio, este bambuco honra a las guardianas del territorio, a las mujeres que con sus pies descalzos trazan mapas invisibles sobre el suelo sagrado. Cada verso es un pacto, cada estrofa una resistencia, cada imagen un susurro que la palma nos manda.

La melodía recoge el ritmo del páramo, el canto del loro de montaña, el murmullo del arroyo que baja a San Félix. Es música que no teme al frío ni al monte bravío, porque nace del fique bordado y del alma campesina que no se vende ni se rinde. En su estructura poética, el bambuco entrelaza lo mítico y lo real, lo ancestral y lo presente, lo femenino y lo colectivo.

La Guardiana de la Palma no solo se escucha: se siente, se danza, se recuerda. Es testimonio de que la palabra concuya aún vive, de que el metal no toca la tierra primera, de que el espíritu de Soreyma se ha vuelto rocío en el cerro nevado. Y en cada nota, en cada giro, en cada verso cantado, se alza la voz de un pueblo que sabe que su lucha... es la memoria.

La Guardiana de la Palma
Bambuco

Palma de cera, mi lanza de luz,
que en el alto páramo espera;
el viento que sube, le reza a la cruz

y la niebla se vuelve bandera.
Mi danza desarma al yugo que cruza,
no hay metal que toque la tierra primera.
Si nos quieren quitar la palabra concuya,
nos volvemos raíz en la cordillera.

Mis pies descalzos son mapa en el suelo,
siguiendo el arroyo que baja a San Félix;
el loro de páramo rompe su velo,
y Yorlady en el valle hoy levanta la tanda.
El tiempo no pasa, se queda en el cielo,
la memoria ancestral, ¡qué bien que se agranda!
El bosque consagrado, no hay precio ni anzuelo,
que venda el susurro que la palma nos manda.

El bambuco es ritmo, es paso de río,
es fuerza que brota del fique bordado;
no tememos al frío, ni al monte bravío,
tenemos un pacto que el viento ha sellado.
Soreyma no muere, se vuelve rocío,
su espíritu vive en el cerro nevado.
Mi alma es la tierra de San Félix, mi brío,
mi lucha es la danza, mi verso cantado.

Autor: Eluterio Gómez Valencia
Compositora - Intérprete: Lizeth Paola Rodríguez Diaz

Para escucharlo PULSE AQUI

A tí por Bella y Natural

Oscar Jaime Serna
"El Poeta del Pueblo"

Como epílogo poético, este canto de Oscar Jaime Serna, "El Poeta del Pueblo", honra la belleza femenina de la naturaleza y la espiritualidad de la tierra que inspira a Soreyma. **"A tí por Bella y Natural"** es un himno de amor a la Palma de Cera, símbolo de vida, paz y legado. Cada verso es una ofrenda: río, brisa, sol, trinar... elementos que abrazan y protegen. Este poema cierra el libro como un suspiro lírico, reafirmando el vínculo entre lo humano y lo sagrado, entre la guardiana y su bosque eterno.

A Tí por Bella y Natural

Cuán esbelta, viva y lúcida dama
te eriges sobre verde reposar,
siempre abierta a ser tocada,
por un dedo, una mirada,
un suspiro, un gran soñar.

Eres tú tan femenina
delicada y sin igual,
que daño nunca quisiera,
ni siquiera imaginar.
Oh bella naturaleza
te mereces mi cantar
y contarle al mundo entero,
de una tierra por mostrar.

Si un día Dios decidiera
tu cuidado delegar,
sería río, sería brisa,
sería sol, sería trinar,
sería verdor, sería calma,
sería camino y danzar,
sería paz, sería silencio,
sería motivo y soñar.

Sería Río pa' que las aguas
cristalinas al correr,
fuera cual venas azules
alimentando tu ser.

Sería Brisa mañanera
regando tu linda faz,
abonando tu hermosura,
saciando tu germinar.

Sería Sol en la tarde
de divina inspiración,
y calentaría tu piel,
tú alma, tu corazón.

Sería Trinar de los loros
anunciando porvenir,
como coro angelical
bendiciendo tu existir.

Sería Verdor en tu ambiente,
de gratitud y constancia,
y brotaría de ese vientre
amor, vida y esperanza.

Sería Calma en la guerra
de una mente turbulenta,
y el generoso perdón
ante la agresiva afrenta.

Sería Camino que al paso
de tu andar fuera marcando,
las huellas de un gran legado
que detrás iría dejando.

Sería Danzar de palmeras,
por el gran vaivén del viento,
rítmica coreografía de cadencia y movimiento.

Sería Paz, gozo y ternura
de ambiente primaveral,
dando acogida a tu esencia
en abrazo fraternal.

Sería Silencio oportuno
si estás en meditación,
ambiente paradisíaco,
de total relajación.

Sería Motivo y excusa
para a tí siempre llegar,
y hacer de ti mi refugio
y en tu suelo descansar.

Y sería Soñar despierto
terruño de mis amores,
con tan preciosa armonía
de matices y colores,
de gusto, aromas, sabores, de paisaje sin igual
y embriagarme en su ambrosía
¡Y Querer Siempre allí Estar!

Soreyma, La Guardiana de la Palma de Cera

Eleuterio Gòmez Valencia

